



El miedo come sueños

June Zozaya Castillo

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

2º Accésit

Mis padres me han enviado tres eternas semanas a casa de mi abuelito Harry. Creo que es la persona más aburrida que he conocido nunca, tanto, que *normalidad* podría ser su segundo nombre. Puede que haya sido una especie de castigo por mi mala actitud, y eso que he cedido entrar en la carrera que ellos querían. Estoy harta de que decidan qué es lo que tengo que hacer con mi vida, pero no puedo desobedecerles. Al menos podré estar en paz con el abuelo ¡yuju!, vaya planazo de asco.

Era, como siempre decía mi padre, un abuelo americano en toda regla. Siempre me despertaba a las nueve de la mañana e íbamos a pasear al perro, me tejía jerséis y todas esas cosas que hacen los abuelos. A cualquiera le encantaría tener a mi abuelito Harry. Pues bueno, yo lo regalo. ¡No lo quiero ver ni en pintura! Es súper aburrido como ya os he explicado. Eso sí, respecto al dinero, no le falta nada de nada. No sé ni cómo (ni quiero saberlo, que quede claro) amasó una buena fortuna al llegar a Estados Unidos. El "*american dream*", según mi madre.

En cuanto llegamos al aeropuerto, se me cayó una lagrimita. Vale chicos, ya sé que soy una dramas, ¡es que no conocéis el infierno que voy a vivir! Ojalá se muriera. Lo siento mucho, pero es la verdad. Cada vez que me coge de la mejilla creo que voy a vomitar. Como era de esperar, me agarró bien fuerte del moflete y me dio uno de esos abrazos que te apechugan hasta morir. No puedo explicar el alivio que sentí nada más soltarme. En fin, las cosas como son. Creo que la única cosa buena de estar aquí es el descanso que me da estar en el jardín haciendo nada de nada. Como al abuelito no le gusta que pase mucho tiempo con los *cacharros electrónicos que no sirven para nada*, me deja holgazanear en el jardín. Además, ahora me vendrá bien desconectar un poco. ¿Entrar en medicina? Eso es un problema de la Olivia del futuro, no el mío. Tan solo de pensar en ello, se me encoge el corazón de tristeza. ¿Qué sería de mí si desobedezco a padre y madre? El abuelito suele estar conmi-





go leyendo el periódico de *The New York Times*. Sin embargo, esta vez he logrado esconder el móvil y estoy *whatsappeando* con mi novio.

Honestamente, Marcos ha sido la única alegría que he tenido estos últimos meses. Por un lado, mis padres me están presionando a muerte para que coja medicina como carrera. Por otro, siento que Clara y las chicas me están dejando de lado, porque últimamente no me invitan a los planes. Cuando me animé a preguntarles por qué ya no estábamos ni quedábamos juntas, me dijeron que era porque estuve estudiando "hasta los huesos" para la selectividad, y se rieron. Y yo no le veía nada de gracia al asunto porque ya saben que yo no quiero estudiar medicina. Además, ya es verano y los exámenes ya pasaron. Volviendo al tema, me alegró un montón que Marcos me escribiera por todo esto. Al menos, alguien me apoya en este mundo de mierda.

–¿Con quién hablas Oli? –me preguntó el abuelo con una sonrisa. Nunca había notado que el abuelito pudiera tener incluso más arrugas que las que tiene al sonreír.

–Con mi novio –le respondí en un tono un poco cortante. Sin embargo, no quitó la sonrisa de su cara. Supongo que proseguirá una conversación súper sentimental abuelo-nieta.

–¿Qué tal, estás emocionada por entrar en medicina? –me dijo. –Tus padres me comentaron que estabas muy contenta porque te diese la nota, además vas a la más prestigiosa de Barcelona, ¿eh, suertuda?–

Le contesté que sí, que me encantaba la medicina, las células, la sangre, curar a las personas... En general, lo que mis padres le decían a todo el mundo. No sé si Harry quería que respondiera en plan "¡Sí abuelito, estoy encantada de entrar en la carrera!", que me pusiera a llorar de alegría o algo por estilo, porque se quedó con una expresión de desconcierto.

–Oli, a ti no te gusta la idea de entrar a medicina –me dijo con toda la certeza del mundo.





–¿Cómo? ¡Pues claro que quiero! O sea, es mi sueño abuelito –le contesté enfadada. Ya tenía suficiente con lidiar con mis padres, como para que el abuelo me replicase.

–Tú no quieres hacer eso y lo sé perfectamente por tus ojos –insistió.

Lo miré como si se hubiera vuelto majara del todo. Él me cogió de la mano y me dijo. –Entiendo cómo te sientes. Creo que deberías hacer lo que realmente te hace feliz–.

–Como si tú supieras abuelito, ¿acaso sabes cómo se siente que todos esperen algo de ti y que hayas sacrificado tu sueño para ello? –le dije. Traté de parecer lo más desinteresada posible, pero mi voz quebrada me delató. Además, a Harry le dio igual mi mala actitud. Se acomodó en su sillón del jardín, con la cabeza un poco ladeada, y al mirarle a los ojos, me di cuenta de que se había ido a un lugar muy lejano.

–¿Ya sabes que yo tengo mucho dinero no, Olivia? Como puedes ver esta mansión tiene de todo y tu padre heredó un negocio próspero–. Hizo una pausa para observar su hogar. Y sonrió.

–Desde pequeño me fascinó lo que podía albergar el mundo. Mi tía de aquel entonces me daba muchos libros de aventura. Me acuerdo que por mi catorce cumpleaños tuve un regalo único. Una brújula y un mapa de los alrededores del pueblo. ¡No sabes lo mucho que los utilicé, Olivia! Estuve día y noche tratando de saber cómo funcionaba el artefacto. Hasta que lo logré y empecé a explorar los alrededores de la casa. Además, había empezado a escribir un libro documentando todo lo que encontraba en mis salidas, desde piedras y rocas hasta el más escurridizo animal.

El abuelito Harry entonces se incorporó de la silla, e hizo gestos para que le siguiera a uno de los caminos que serpenteaba el jardín. Él siguió hablando. Debo reconocer que al principio no quería que me soltara uno de sus rollos de época, pero esta historia era algo interesante.





–Tenía que gestionar mi vida de estudio y mi pasión por separado, pero no pasó mucho tiempo hasta que me llegó una beca de estudio en la universidad de Yale. ¿Era un estudiante excepcional, sabes Olivia? –me dijo. Y me sentí mal. Muy mal por no haberme interesado nunca por su vida cuando él hacía todo lo posible para saber de la mía. –Mi padre estaba contentísimo. Le decía a todo el mundo “mi hijo va a ser un grande” o “ya veréis, vamos a ser ricos”. Por eso, se enfadó mucho cuando le dije que quería ser un explorador–.

En un momento del camino, el abuelito se giró y me miró a los ojos a ver si estaba escuchando, y yo, claro, estaba absorta en su relato.

–Para darme un escarmiento y que cambiara de parecer, en los días que siguieron no me dieron nada de comer y mi padre me dijo al cabo de tres días: –Esto es lo que pasará si te conviertes en un explorador–. Puede que ahora creas que hemos tenido dinero desde siempre, pero mis padres eran pobres y no querían que *desaprovechara mi futuro*. ¡Oh, Olivia, tenía tanto pánico de decepcionar a mis padres...! Me daba miedo. Me daba miedo no ir a Yale. Pero sobre todo me daba miedo decepcionar a alguien. Tanto que me decepcioné a mi mismo. Era más fácil actuar como querían, y así, éramos todos felices. Todos menos yo–. Con esta última frase el abuelo volvió de su relato, y me indicó un punto en la tierra. Al parecer habíamos llegado.

–Un día antes de ir a la universidad, mi padre tiró todos mis trabajos que tanto esfuerzo me había costado realizar. Lloré toda la noche–. El abuelito se tapó la cara llena de arrugas y empezó a llorar, pero yo ahora solamente veía a un niño consumido por la vejez.

Cuando se calmó, continuó. –Pero a mi padre se le olvidó tirar las dos últimas cosas que empezaron mi pasión, la brújula y el mapa de mi tía Rosalinda. Las guardé en una caja y las enterré, como lo hice con mis sueños. Marqué las coordenadas para recuperarlo en un futuro, y dio la casualidad de que compré la mansión donde estaban esas mismas coordenadas. No puedo decir que haya vivido mal, todo lo contrario. Solamente he vivido infeliz, y no quiero que tú, mi querida Oli, pases por lo mismo.





El abuelito lanzó una risa amarga y prosiguió entre lágrimas, mientras yo lo abrazaba. No sé cómo había podido mirarlo con desprecio. –Todavía está aquí, en este punto. Estoy aterrado de desenterrar mi brújula y mi mapa, porque eso significa desenterrar mis recuerdos, y con ello mis sueños de juventud, y yo ya soy muy mayor para todo eso. ¿Acaso yo, con mis 83 años, que apenas puedo sostenerse en pie, explorador? –dijo, y con cada frase, aumentaba el tono de voz, hasta dejar un silencio sombrío.

Entonces le pregunté, “abuelito, ¿por qué no te atreviste a ser explorador cuando terminaste la carrera?” Harry me tocó el pelo, y a mí no me gustaba nada que me tocase el pelo, y él lo sabía. Pero nada de eso me importó.

–¿Sabes, Oli? Siempre he sido un cobarde. Nada más terminar mi etapa en Yale, me cogieron en un trabajo donde tenía un buen salario. Cuando me decidí a dejar el empleo, me ascendieron y no pude rechazar la oferta. Mis padres necesitaban que yo trabajase y no todo el mundo podía gozar de una buena casa. A sus muertes, quise dimitir nuevamente, pero conocí a tu querida abuela. Era encantadora, dulce y hacía que mi vida cobrase sentido nuevamente. Luego tuvimos un bebé, tu padre. ¡Era la cosa más bonita que había visto en mi vida! Así que maté mis sueños de ser explorador completamente.

–Pasó el tiempo, y al abrir los ojos, me había convertido en todo un señor de Upper East Side, demasiado cansado para hacer nada, demasiado solo como para salir de esta triste mansión y demasiado rico para que algo me hiciera feliz. La vida continúa y no espera a los sueños de las personas. No creía en ese dicho de “*la vida pasa en un abrir y cerrar de ojos*”, pero aquí estoy, con la espalda encorvada, el cabello canoso, mirada cansada y arrugas en la cara.

–No cometes mi mismo error, por favor. Lo bueno de la vida es que todavía puedes dar marcha atrás. Nos hacemos mayores, comprendemos y aunque nos caigamos otra vez, nos levantamos. Nunca dejes que nadie te obligue a nada, ¿Lo entiendes Olivia? Nadie. No seas como yo, que ya ni puedo dar marcha atrás, ni aprenderé de mis errores, ni nada –dijo.



–El miedo come sueños–. Con esta última frase, terminó su relato, y el césped se convirtió en un mar de lágrimas.

Asentí en silencio y cuando se tranquilizó lo llevé a casa. Pero seguí llorando durante mucho tiempo después de aquello. Aquella noche no pude dormir, así que decidí salir al jardín a despejarme. Y supe en ese mismo instante qué era lo que tenía que hacer.

En cuanto el abuelito fue a desayunar, fui corriendo a darle una sorpresa con la brújula y el mapa. Estuve toda la noche cavando para coger la cajita. –He tardado un poco en cogerlo porque con el paso de los años la tierra lo ha cubierto con más capas –le dije con una sonrisa. Honestamente, la brújula estaba hecha un asco, y el mapa estaba al borde de lo ilegible, pero eso al abuelo Harry le dio igual.

–Nunca es demasiado tarde, todavía puedes dar marcha atrás, eso es lo bueno de la vida –le dije, imitando sus propias palabras. Era raro: durante todo este tiempo había pensado en el abuelo como un enemigo, pero cuando oí su historia... No sé, me llegó muy adentro. El abuelito me dio las gracias y, entre lágrimas, le di un beso en la frente.

El resto de las vacaciones transcurrieron tranquilamente, Harry y yo estuvimos explorando los alrededores hasta donde su cadera alcanzaba.

Sin embargo, había una cuestión que no me dejaba tranquila. No paraba de pensar en lo triste que sería mi vida si no hablaba con mis padres. No quería convertirme en una abuela que contase esta misma historia a sus nietos, ¡jamás! El abuelito me ha ayudado a abrir los ojos. He conectado con la persona que menos me esperaba, ¡y de no hacer nada tendríamos destinos similares! Cuando llegaron mis padres, me armé de valor, y con la brújula del abuelo y su mapa ilegible en mis manos se lo mostré a mis padres. Ellos no entendieron nada, pero yo les expliqué la historia.



Puede que la vida me haya dado algún que otro altibajo, pero eso no me define. Ni me va a definir nadie lo que yo quiero ser. Voy a vivir a mi manera ¡cueste lo que me cueste! Si nos centramos demasiado en el futuro, nos olvidamos del presente. Y cuando nos damos cuenta, tenemos 72 años contando esta misma historia a los nietos.

Cuando terminé, no cambiaron de opinión. ¡Y un cuerno voy a hacer lo que ellos me digan! ¡Ya me da igual! ¿Van a vivir ellos mi vida? No. Aunque eso signifique desheredarme, los prejuicios, la incomunicación o una vida llena de desorden. Nunca aceptaré el deshonor. ¿Para qué hemos venido al mundo? La vida es breve y sea cual sea su significado voy a hacer lo que a mí me haga feliz. Y punto.

–Ya han pasado 10 años desde que me contaste esa historia, ¿te acuerdas Harry? Vienes a mi memoria en los días de tristeza, porque tu recuerdo es la más cálida de las mantas, y siempre me das ánimos para que siga adelante. Te quiero abuelito –le dije.

–Te has vuelto una adulatora excelente, ¿sabes, Olivia? –me contestó.

–¿Tú crees? Supongo que con el paso del tiempo me he vuelto toda una experta–. Después de decir esto, el abuelito se esfumó, y en su lugar apareció su lápida. Vine a obsequiarle una nueva brújula y un nuevo mapa, a cambio de sus valiosas palabras que tanto me habían ayudado para encaminarme en mi futuro.

Muchas gracias abuelito Harry.

